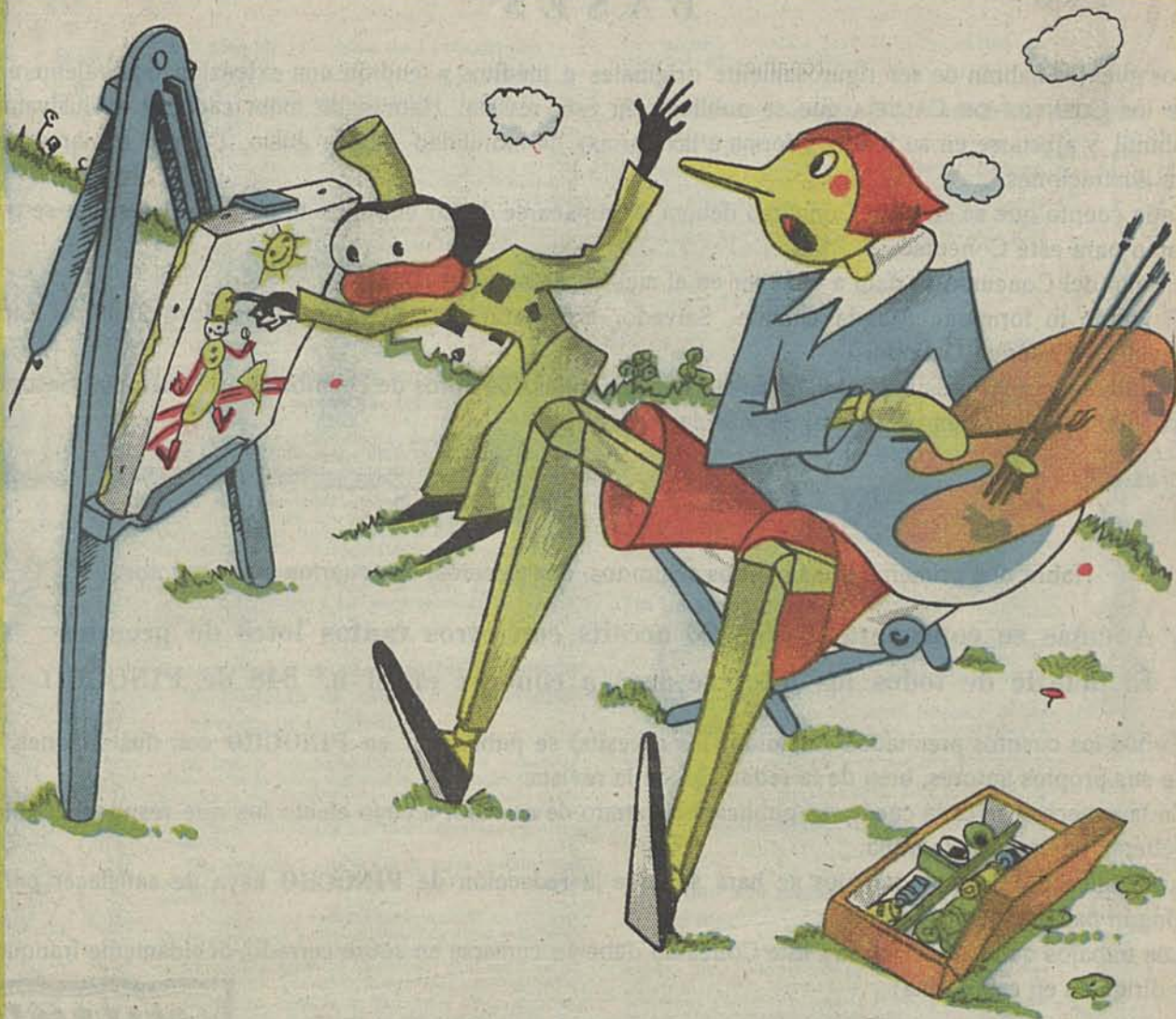


PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 352

25 ct

15 NOVIEMBRE
1931



- NO TOQUES, QUE ESTÀ FRESCO.
- NO IMPORTA, LUEGO ME LAVO LAS MANOS

GRAN CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES

PINOCHO abre un CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES entre todos los pinochistas que se cerrará el día 31 de Diciembre de 1931, con arreglo a las siguientes

B A S E S

- 1.^a Los cuentos habrán de ser rigurosamente originales e inéditos y tendrán una extensión equivalente a uno de los CUENTOS DE CALLEJA que se publican en esta revista. Habrán de tener carácter exclusivamente infantil y ajustarse en su fondo y forma a las normas de moralidad y buen gusto. Podrán enviarse con o sin ilustraciones.
- 2.^a Cada cuento que se envíe al Concurso deberá acompañarse de 20 cupones de los especiales que se publicarán para este Concurso.
- 3.^a El fallo del Concurso se dará a conocer en el mes de Febrero de 1932.
- 4.^a El jurado lo formarán Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Rafael de Penagos, José Zamora, Enrique Castillo y Federico Galindo.
- 5.^a Se adjudicarán 20 premios consistentes en lotes de preciosos libros de cuentos de la "Editorial Saturnino Calleja S. A." por un valor total de más de

1.000 PESETAS

Habrán dos primeros premios, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y dos quintos.

Además se concederán otros 20 accsits con otros tantos lotes de premios

El detalle de todos los lotes se dará a conocer en el n.º 348 de PINOCHO

- 6.^a Todos los cuentos premiados (incluidos los accesits) se publicarán en PINOCHO con ilustraciones, bien de sus propios autores, bien de la redacción de la revista.
En la cabecera de cada cuento se publicará el retrato de su autor a cuyo efecto los que resulten premiados deberán enviar su fotografía.
- 7.^a La publicación de estos trabajos se hará sin que la redacción de PINOCHO haya de satisfacer por ello ningún pago.
- 8.^a Los trabajos que se envíen para este Concurso deberán cursarse en sobre cerrado, debidamente franqueado y dirigidos en esta forma:

Para el Concurso de Cuentos Infantiles de PINOCHO

Calle de Valencia, núm. 28. -- MADRID

Ayuntamiento de Madrid





SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A. - ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLES: SAN SEBASTIÁN. - ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28, APARTADO 447. - SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 19 PTAS. OTROS PAÍSES, AÑO 23 PTAS.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

La lápida de la tumba de Livingstone

El gran filántropo inglés que dedicó su vida a fines humanitarios llevando a los negros de Africa el consuelo de sus doctrinas y los beneficios de sus enseñanzas murió víctima de unas malignas fiebres.

Los restos del admirable explorador fueron traídos a Europa por negros agradecidos a su misión y actualmente reposan en la abadía londinense de Westminster. Su sepultura tiene el siguiente epitafio: «Transportado por manos piadosas, a través de las tierras y los mares, aquí reposa David Livingstone, misionero, filántropo. Nació el 19 de marzo de 1813 en Blantyre, Lanarkshire. Murió el 1.º de mayo de 1873, en Chitambo, Ulala. Treinta años de su vida fueron consagrados a evangelizar las razas negras, a explorar regiones desconocidas y a abolir el espantable comercio de esclavos en el Africa central.»

¿A qué se deben los movimientos y la agitación continua del mar?

Bajo la triple acción del Sol, de la Luna y del peso terrestre, el estado de equilibrio de las aguas del mar está turbado constantemente por estas cuatro causas principales: 1.º El movimiento de rotación de nuestro globo. 2.º El movimiento mensual de traslación de la luna alrededor del sol. 3.º El movimiento anual de traslación de la tierra alrededor del sol y 4.º Las variaciones lentas de las órbitas lunar y terrestre.

También influyen mucho las variaciones del estado salado del agua y las diferencias de su temperatura, los vientos y las variaciones de la presión barométrica.

Hace ciento siete años que fué inventada la máquina de escribir y doscientos noventa la de calcular

En 1824 el americano Latham Sholes inventó la máquina de escribir. Durante mucho tiempo sólo fué América la que fabricó estos aparatos. En un principio fué algo rudimentaria pero más tarde los franceses introdujeron en ella sistemas ingeniosos y perfeccionados.

Tan vulgarizado está el uso de estos aparatos que se calcula que pasan de cien millones los que hay en servicio.

La máquina de calcular fué inventada en 1641 por Blaise Pascal, el ilustre matemático físico y filósofo. Tenía Pascal entonces dieciocho años nada más, y construyó una máquina de calcular para ayudar a su padre en los largos cálculos que tenía que efectuar.

El aparato, después de Pascal fué objeto de grandes mejoras y finalmente ha sido reemplazado por

otra máquina inventada por León Bollée en 1889 que tiene todo género de perfecciones.

Una fuente de agua dulce en pleno océano

Frente a las costas de Florida existe un manantial de agua dulce del que brotan varias decenas de millones de litros de agua por hora. Las embarcaciones que pasan sobre el manantial sufren el empuje violento del agua que mana. Este manantial se halla a 50 metros de profundidad.

El papel de aluminio

En Italia, la fabricación del papel de aluminio está muy desarrollada. Para obtenerlo se fabrican lingotes de este metal de 50 milímetros de espesor, que se hacen pasar por laminadores. La hoja obtenida se desarrolla continuamente y va enrollándose en un rulo como las hojas de papel ordinario. Pueden obtenerse hojas con un espesor de siete décimas de milímetro lo que permite realizar 55 metros cuadrados de papel con un kilo de metal.

El papel de aluminio puede fabricarse en forma brillante, mate o coloreada. Se esteriliza también para utilizarlo como envoltura de materias alimenticias. También sirve para ornamentación de muebles y paredes.

Un jabón completamente natural

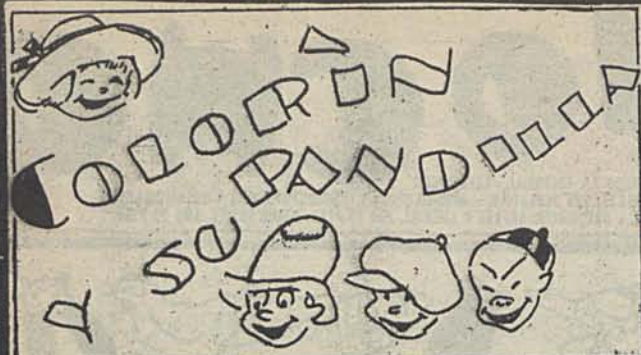
En América del Sur y en la India occidental hay unos bosques donde crece un árbol cuyos frutos, de carne color gris oscuro se utilizan por los naturales del país como un excelente jabón.

En realidad se trata del árbol jabonero de las Antillas que alcanza una altura de 10 metros y cuyos frutos son semejantes a la grosella verde. Mezclados estos con agua se hacen gelatinosos y sirven muy bien para los mismos usos que el jabón artificial. Además de que su precio es nulo, pues basta cogerlo de los árboles, este jabón es muy estimado porque no posee las propiedades alcalinas que tanto perjudican a la ropa.

¿Por qué nos ennegrece la piel la brisa del mar?

Por la cantidad de yodo que hay en la atmósfera marina. Este yodo procede de los millones de infusorios y algas que viven en la superficie del mar. Es altamente beneficioso para la salud, y el organismo humano lo asimila admirablemente.





DON KATITE



El *Indian-agent* fue el primero que salió de su horno, y se apresuró también a zambullirse en agua; a poco le siguieron los dos hermanos. —¿Estoy en el infierno?— preguntaba Harris, echándose sin cesar agua por la cabeza. —¿Y yo me he muerto, o no?—añadía Jorge, dándose iriegas. —¿Qué decis vos, John? —Que en adelante puedo dedicarme a tahonero y sacar el pan del horno con mis propias manos, sin necesidad de pala y sin quemarme. ¡Qué momento, señores! Cuando el mar de fuego pasó por encima de mi bisonte, mis carnes parecían crujir. —¡Nadal!—contestó Turner riendo—. ¡Eran las del animal, que se asaba! —Sí, riase; pero le aseguro que no repetiré la operación. ¡No sé cómo funcionan otra vez mis pulmones! —Porque los pulmones de los cazadores de la pradera son de hierro. —Lo sé. Pero ¿y nuestros caballos? —Asados con los bisontes. —¡Esa pérdida si que es de sentir! —Sobre todo cuando vengan los indios, pues no dejarán de dar una vuelta por aquí apenas se entrie algo el terreno. —No los esperaremos, John. Apenas nos limpie-mos un poco y cenemos, nos pondremos en marcha para Levante. —Sí, hay que buscar a Custer. De lo contrario, caeremos todos. —Y Minnehaha nos arrancará la cabellera. —¡Siempre ese nombre en vuestros labios! ¿Se

— 53 —

si hubieran tratado de guarecerse bajo ella; otros yacían tendidos de espaldas y con las cuatro patas retorcidas sobre el vientre, todavía humeante; otros, en fin, habían muerto acurrucados bajo sus compañeros, en cuyo cuerpo fueron, sin duda, a buscar un escudo que los defendiera del fuego.

El olor a carne y grasa quemada que salía de aquel hacinamiento de cadáveres era tal y tan insoportable, que los cuatro aventureros se mareaban.

—¡Esta es la cocina de Belcebú!—decía John tapándose la nariz, que se resistía a absorber aquel ambiente acre y cálido.

—¡Qué ruina!—añadía Harris—. ¡Aquí hay millones de toneladas de excelente carne inútilmente perdida!

—¡Dejaos de sensiblerías!—arguyó Turner—, y busquemos un par de lenguas bien asadas. Lo demás ya se encargará de despacharlo los lobos, los coyotes y las aves de rapiña.

—Que, por cierto, acudirán formando ejércitos—manifestó John.

—Para entonces procuraremos no estar aquí. ¡Se las entenderán con ellos los indios!

Pasaron revista a una veintena de animales y encontraron a dos de ellos tan perfectamente asados, que les cortaron un buen trozo de la joroba, además de despojarlos de la lengua para que una y otra les sirviesen de cena. En seguida escaparon a todo correr hacia una de las pozas de agua, pues no podían resistir aquel olor de carne chamuscada.

El suelo, saturado de humedad y abundante en hierbas, se había enfriado bien pronto, a pesar de la gigantesca tromba de fuego que por él había pasado.

— 56 —

Las carnes del bisonte comenzaban a asarse y destilaban grasa. Por un momento, Turner creyó cocerse vivo dentro de aquella masa de carne; que chirraba al contacto de las llamas; pero pasados algunos instantes notó que el calor disminuía. El mar de fuego, empujado por el viento de Levante, había pasado ligero por el terreno, calentándole apenas, gracias a las oquedades llenas de agua que en el abundaban y que producían notable humedad. —¡Ha terminado la prueba terrible!—murmuró Turner—. ¡Ay de nosotros si no tengo el acierto de envolvernos en esta masa grasosa! Algo me molesta el dolor; pero no mucho. Creí que iba a pasarlo peor. Apartó de su rostro el pañuelo, que no conservaba trazas de humedad, y probó a respirar. —¡Es fuego lo que entra en mis pulmones!—dijo. En seguida hizo un esfuerzo supremo para dar elasticidad a sus miembros, y abriendo el rasgón del vientre del bisonte, se lanzó afuera. Hizo algunas cabriolas, como si estuviera borra-cho, y se lanzó de cabeza en una oquedad que todavía conservaba algunos palmos de agua tibia. El aire exterior no era, ni con mucho, tan irrespi-rable como el contenido en el vientre del rumiante. Todos los compañeros de este habían muerto, y sus cadáveres aparecían amontonados por todas partes, desprendiendo insupportable olor a carne y lana quemadas. —¡Qué horrible es esto!—exclamó Turner. En seguida empezó a dar voces: —¡John...! ¡Harris...! ¡Jorge...! ¡Venid a daros un baño!

— 52 —

sobre ellos una lluvia de encendida ceniza, redoblaban su carrera; pero ya no llevaban dirección fija.

Se dirigían indistintamente por uno y otro lado y acababan por dar vueltas alrededor de las llamas.

El espectáculo que ofrecían aquellos animales, enloquecidos por el terror, impresionaba al ánimo más fuerte.

La columna se había desorganizado.

Los viejos machos no protegían ya a las hembras; éstas abandonaban a sus hijos y las aterrorizadas crías morían lanzando tristes mugidos bajo las zarpas de sus padres.

Clamores salvajes que desgarraban los oídos alzabanse de aquella masa de animales, locos de miedo.

Limpas las cuatro reses, preguntó John, que por primera vez en su vida parecía verdaderamente aterrado:

—¿Y ahora, Turner?

—¡Ya están dispuestos nuestros lechos!—contestó el interpelado.

—¿Qué queréis decir?

—Que entraremos en el vientre de esos animales y ahí permaneceremos hasta que haya pasado la tromba de fuego.

—¿Cómo?

—Creo que lo he dicho bien claro—contestó Turner, que conservaba una sorprendente sangre fría.

—Pero ¿no nos asaremos ahí dentro?—preguntó Harris.

—Algún calor sufriremos; pero me parece que saldremos vivos. Un día que los indios *arrapahoes*, no pudiendo cogerme, prendieron fuego a la pradera;

— 49 —

Y en cuanto a las sillas y atalajes, metedlos en una oquedad llena de agua.

—¡Ya está hecho!—dieron a poco sus compañeros, Todo el horizonte estaba ya cubierto de llamas. Comenzaba a percibirse el olor de la carne quemada, pues muchos de los ochocientos bisontes habían perecido ya y otros corrían con las lanas ardiendo, describiendo anchos círculos, que estrechaban cada vez más.

El aire era irrespirable, y los cuatro aventureros sentían ya la falta de oxígeno en los pulmones.

—¡Al lecho!—gritó Turner, que no había perdido nada de su calma habitual.

Aquel hombre maravilloso bromaba delante de la muerte.

Provistos del lazo y de la carabina, se acostó en el vientre de uno de los bisontes, empapándose en sangre de la cabeza a los pies. Aquella sangre debía preservarle de una perfecta coctura. En seguida se introdujo en la boca un pañuelo que antes había mojado en agua, y cerrando cuanto pudo el desgratado vientre, aguardó tranquilamente que pasara el fuego.

Fuera se oían espantosos fragores. Parecía que el suelo de la pradera oscilaba a impulsos de un terremoto.

Eran los bisontes, que en su postrema agonía caían a montones unos sobre otros.

Turner se comprimió fuertemente el mojado pañuelo en la boca, la nariz, y sobre todo en los ojos, para evitar la ceguera.

El aire era ya ardiente como el de un horno.

— 51 —

¿sabéis cómo me escapé? Destripando mi caballo y metiéndome en su vientre.

—¿Y no os moristéis?

Turner lanzó una carcajada al oír esta pregunta, y añadió:

—No creo que soy un espíritu, sino un hombre de carne y hueso.

—Al menos, os produciríais horribles quemaduras.

—Algunas; pero, como veis, escapé vivo.

—¡Diablo de hombre!

—Querido John, hay que intentarlo todo antes de morir. Dentro del cuerpo de esos animales esperaremos que pase el incendio. Si no morimos en la prueba, eso ganamos.

—¡Será una prueba terrible!

—No digo que no. Ahora dadme vuestra provisión de pólvora. Tengo una bolsa completamente impermeable.

—¿Qué vais a hacer?

—Evitar que estalle o se eche a perder si la llevamos con nosotros. En una de estas oquedades del terreno que están llenas de agua la deposito y no hay que temer nada. ¡Vamos listos, que el fuego está encima! Descargad vuestras armas para que no estallen.

—¿Y los caballos?—dijo Jorge.

—Ya se pondrán ellos en salvo, si pueden—repuso Turner—. No tienen sitio en el vientre de los bisontes.

—¡Terrible pérdida!

—¡Bah! ¡En la pradera abundan los caballos salvajes! Os aconsejo que llevéis con vosotros los lazos,



diría que teméis más a esa mujer que a todos sus guerreros?

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Os lo diré mientras cenamos. ¿Tenéis hambre?

—De lo bol!

—¡Pues basta de baño, y a buscar la cenal! Tenemos cerca centenares de lenguas de bisontes, asadas ya por el mejor cocinero.

—Antes recobremos nuestra pólvora y nuestras armas. No se sabe lo que puede ocurrir, y hay que estar prevenidos.

Los cuatro aventureros, limpios ya y secos, hallaron bien pronto el saco de pólvora, que, por ser perfectamente impermeable, había conservado intacto su contenido.

— 52 —



CAPÍTULO V LA CAZADORA DE CABELLERAS

El espectáculo que ofrecían aquellos setecientos u ochocientos animales derribados al paso de las oleadas de fuego no es para descrito.

Los pobres colosos, cogidos por aquel cerco de llamas, asfixiados por el humo, retostados por la asoladora lluvia de chispas candentes, habían perecido todos, formando sus cuerpos un verdadero montón de carne, o mejor dicho, un asado colosal, pues todos habían ido calcinándose, como si hubieran estado dentro de un horno.

Su agonía, aunque brevísima, dada la inipetuosidad de la cortina de llamas, debió de ser muy dolorosa, a juzgar por las posiciones en que quedaron.

Unos habían clavado los cuernos en tierra, como



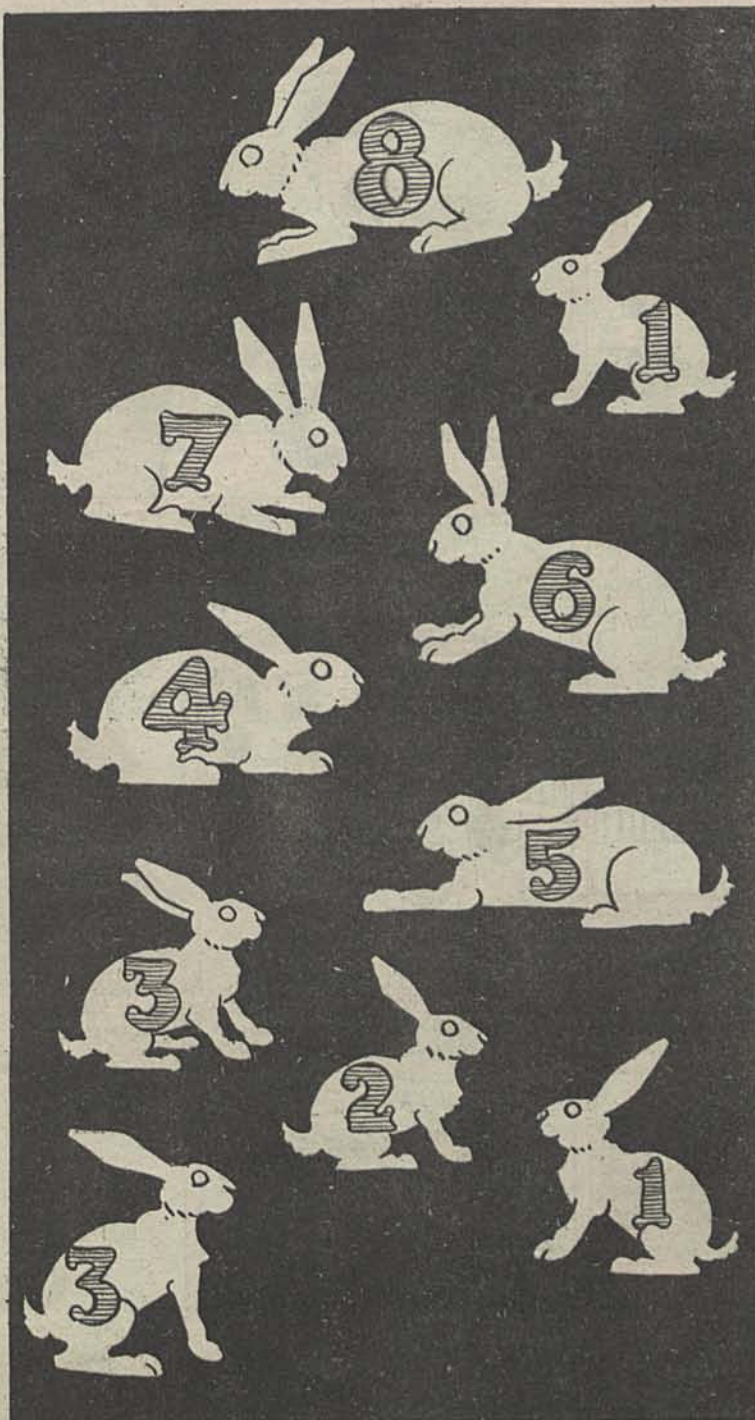
PARA PASAR EL RATO

JUEGO DE LOS CONEJOS

El juego que os presento hoy es muy divertido.

Como veis, se trata de un tablero con diez conejos numerados.

Se trata de que coloquéis una pequeña ficha en el sitio que indica la mano, al pie del dibujo, y de que deis a esta ficha un pequeño impulso con los dedos, como os indica también el dibujo, procurando que la ficha vaya a caer sobre cualquiera de los conejos. Se suman los tantos que resulten después de varias tiradas y el que su-



me antes el número de tantos que se haya estipulado antes de empezar el juego, es el que gana.

Hay que tener en cuenta que para ganar, hay que hacer el número de tantos señalado exactamente. Es decir, que si el número de tantos señalado es 35, el que sume 36 ha perdido.

¿Os habéis enterado? Pues a jugar. ¡Ah! Pueden jugar todos los jugadores que quieran, tirando por orden, para lo cual se sortean los puestos.

DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

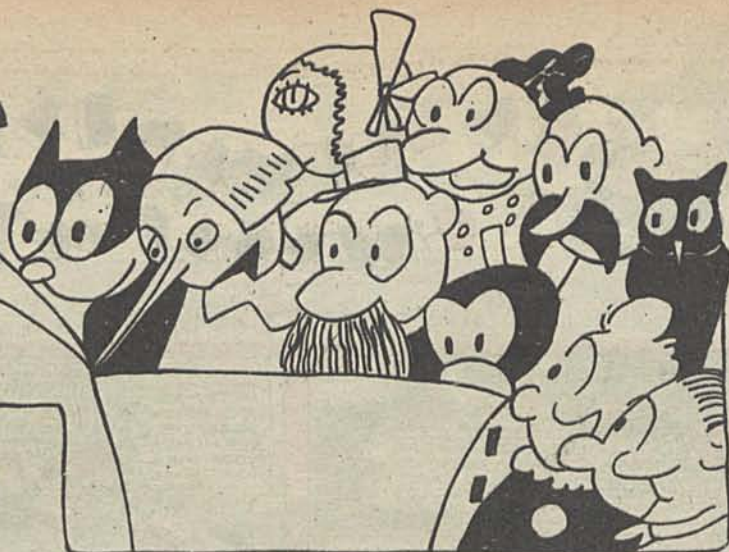


LA TORMENTA DEL COLLÓN O HACIENDAS DE TÓN Y TÓN



CUENTO DE CALLEJA

EL GRUMETE RECAREDO



UNA vez dijo un muchacho a su madre:

—Madre, yo quiero embarcarme y ver mundo.

—Pero, hijo—replicó la madre—, ¿no ves que puedes ahogarte y que, además, te van

a tratar a zapatazos los de la tripulación?

—Pues aunque me maten, quiero ser marimero.

—Anda, hijo, y haz lo que quieras; pero ya veras cómo te pesa.

El muchacho se despidió de su madre, y cogiendo dos mudas de ropa y diez céntimos, se puso en camino. Andando, andando, llegó a un monte y se encontró una gruta, en cuya puerta había el siguiente letrero:

«El Hada Patidifusa. Se dan lecciones de magia blanca, negra y amarilla a precios convencionales. Se sacan muelas y se enseña el francés.»

Al leer esto el muchacho se dirigió hacia la puerta y llamó.

Abrieron, y asomó una viejecita que le preguntó:

—¿Quién eres y a qué vienes aquí?

—Me llamo Recaredo, y vengo a que me deje usted pasar la noche bajo techado. Voy a alistarme de grumete en la marina mercante, y soy un buen muchacho que se lava todos los días y se muda todas las semanas.

—Entonces—dijo el hada sonriendo—traes patente limpia y te cobijo en mi casa; pero me has de servir tres días y tres noches, y si me sirves bien te haré un regalo.

Consintió Recaredo, y durante tres días y tres noches fregó la loza del hada, le guiso la comida, cosa muy sencilla, porque las hadas no comen más que patatas fritas, y tal maña se dio en complacerla, que Patidifusa quedó contentísima.

A la mañana del cuarto día se despidió el muchacho de su protectora, y ésta por todo regalo le dió un silbato, diciéndole:

—Toma, y ya puedes quedar contento de haberme conocido.

—¿Y qué quiere usted que haga con este pito?—dijo el muchacho—. ¡Como no vaya tocando por el camino para no aburrirme!

—Este pito tiene muchas virtudes. En cualquier apuro en que te veas no tienes más que tocarlo tres veces y decir:

Silbatito, silbatito,
esta cosa necesito.

En el acto verás cómo te sirve.

Marchóse Recaredo muy contento, y al llegar al puerto de mar se alistó de grumete en un barco, y como era nuevo en el oficio lo hacía tan mal, que todos los oficiales le zurraban la badana de lo lindo.

Verdad es que el muchacho era muy travieso: porque ¿a quién sino a él se le ocurre calentar el café quemando dos libras de tabaco picado?

Otra vez le cortó las orejas al mono del contramaestre porque le había dado un mordisco.

El capitán encerró en el calabozo al travieso grumete y lo tuvo ocioso días a pan y agua.

Pero buen cuidado le dió este encierro a Recaredo. Con el pito en su poder, no tenía para qué preocuparse de la comida. Tocaba su pito, pedía comer jamón, y un jamón se le presentaba meneándose respetuosamente, como diciendo:

—Aquí me tienes; puedes comerme cuando quieras, que para eso he venido al son de tu silbato.

Sobrevino una tempestad furiosa y nadie se acordó de sacar a Recaredo de su encierro, por más que gritaba y golpeaba la





puerta del calabozo. Cansado ya, se resignaba a morir olvidado, cuando se acordó del regalo del hada, y sacando el pito, le tocó tres veces y dijo:

—Silbatito, silbatito,
salir pronto necesito.

Al punto se descorrieron los cerrojos y pudo salir sobre cubierta.

Apenas hubo puesto en ella los pies se oyó un siniestro crujido, y el barco se acostó sobre una banda en una costa desconocida.

La tripulación se lanzó a los botes, y el pobre Recaredo se encontró solo en el buque náufrago.

En vano gritaba que le socorriesen, porque, temerosos los de las lanchas de retardar unos minutos su viaje a tierra, le decían:

—Expresiones a los peces y un abrazo a los tiburones.

La tempestad estrelló los botes contra la costa, y sólo unos pocos tripulantes pudieron salvarse a nado. Los demás estaban a punto de ahogarse; pero Recaredo sacó el silbato, le tocó y dijo:

—Silbatito, silbatito,
un vapor yo necesito.

Y en el acto el buque averiado y a punto de sumergirse se convirtió en un hermoso vapor de dos chimeneas que se manejaba a la vez como un caballo.

El muchacho se acercó con el barco nuevo a sus antiguos compañeros que estaban en peligro y logró salvarlos a todos.

—¿No me encargabais que les diera expresiones a los peces?—preguntó el muchacho—. Pues a poco sois vosotros los que se las dais.

Quedaron los marineros sorprendidos al verse en un buque tan hermoso; mas el antiguo grumete no quiso decirles cómo se lo había proporcionado.

Pasada la tempestad se acercaron a la costa y recogieron a

los que habían conseguido llegar a ella, entre los cuales se contaban el capitán y el contramaestre.

Preguntaron éstos quién era el patrón de aquel buque, y júzguese de su asombro al enterarse de que era Recaredo.

Agradecido el capitán, cuando volvió a su país propuso al muchacho darle por esposa una de sus hijas, y Recaredo aceptó, diciendo que elegiría la que le pareciese más discreta; pero era la

más fea y la mayor de todas, y el capitán se opuso, diciendo que era lástima que un muchacho joven se casara con una mujer de cuarenta años, y además tan fea.

—No tengáis cuidado, que yo me encargo de todo.

Y encerrándose en su cuarto, tocó tres veces el silbato y dijo:

—Silbatito, silbatito
joven y bella la necesito.

Y la muchacha se convirtió en la chica más guapa de su pueblo, aparentando apenas veinte años.

—Te advierto—dijo el capitán—que es preciso que se le arregle la ropa, porque como ha rejuvenecido y se ha quedado más baja, toda le está larga.

—Eso es cosa mía—dijo Recaredo.

Y sacando su silbato, en un periquete hizo que la ropa quedase a la medida y que nuevos trajes completaran el equipo de la novia.

Un criado, muy amigo de enterarse de cuanto no le importaba, oyó el silbato, y conociendo sus efectos, decidió robarle.

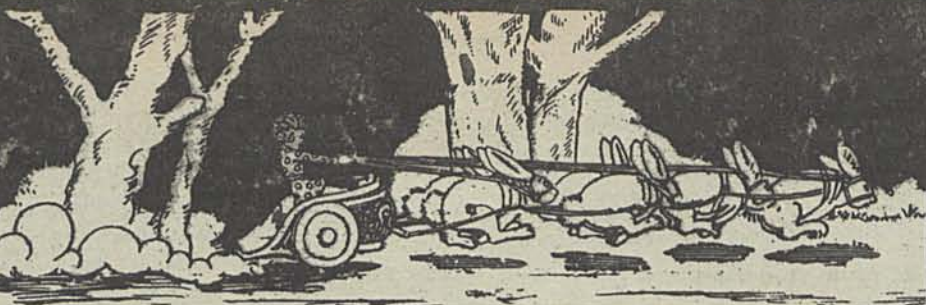
Así lo hizo la noche de las bodas, y encerrándose en una habitación, silbó cuatro veces; no bien hubo dado el cuarto pitido, apareció una vieja con un palo, y en un minuto le molió las costillas y le quitó el pito mágico, que ya nadie ha vuelto a poseer.

La boda se celebró,
y a todos agasajó
con un soberbio banquete
que estuvo de rechupete;
mas no se me convidó.



ANITA

BUEN- CORAZON



¡VOY A VER LO QUE HACEN FIFI Y PELUCHO, PUES NO SE DE ELLOS NADA HACE MAS DE UNA HORA!

¡VAYA SEÑORITA FIFI DESE USTED PRISA A DESAYUNAR QUE TENEMOS QUE SALIR!

¡EA; VAMOS A PEDIRLE A SU PAPA EL PERMISO CORRESPONDIENTE!

¡LA SEÑORITA FIFI VIENE A PEDIRLE SU CONSENTIMIENTO PARA SALIR!

¡CONCEDIDO!

¡VAMOS A PONER-NOS UN TRAJE DE BAÑO PUES ES CONVENIENTE BAÑARSE ANTES DE SALIR A LA CALLE!

¡AL BAÑO, QUE ESTARÁ EL AGUA DELICIOSA!

¡QUIERO QUE APRENDAS A NADAR PUES ALGUNA VEZ PUEDE SERVIRTE PARA SALVAR TU VIDA O LA DE TUS SE-
MEJANTES!

¡CUANDO SE SALE DEL BAÑO SE ENCUENTRA UNO CON MÁS ANIMO Y MÁS ALEGRÍA!

¡AHORA NOS ECHAMOS EN EL SUELO PARA QUE SE NOS SEQUE LA ROPA Y PARA TOMAR UN BAÑO DE SOL!

¡PELUCHO; SAL DEL AGUA, QUE NOS VAMOS A MARCHAR YA!

¡AHORA DEBES PONERTE AL SOL PARA SECARTE COMO HICIMOS NOSOTRAS!

Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1931, by The Chicago Tribune



Sección Pirula

Charitas de Pirula... repostera
y bordadora

Las magdalenas... rellenas,
de Magdalena

Es natural que una Pi-
rulinda sienta cierta sim-
patía por sus tocayas
¿verdad?

Por ejemplo Rosita, Violeta, Jacinta y Margarita prefieren respectivamente las rosas y las violetas, los jacintos y las margaritas, a las demás flores.

A Carmencita, le gustaría vivir en un carmen granadino; el mejor re-



galo que se la puede hacer a Rosario es un idem (aunque me sospecho que si el rosario ha de ser de madera, Charito preferiría un collar de perlas); y a Pepita la divierte sembrar pepitas de pera o de melón, aun cuando también me sospecho que preferiría encontrárselas de oro.

En fin, Tecla asegura muy seria que no ha aprendido a tocar el piano porque le daría pena tener que golpear a sus tocayas de marfil... aunque todos sabemos que no ha aprendido el piano porque le parece más cómodo tocar el gramófono.

Todo esto bastaría para justificar el entusiasmo que siente Magdalena por los bollitos jorobados, que se llaman como ella.

Y es lo que dice: le da tanta pena que las pobres magdalenas sean cheposas, que en cuanto coge una entre sus manos, lo primero que hace es quitarle la joroba... de un mordisco.

Las prefiere desde luego a los «suizos» y a los «croissants», a los «bröches» y a las «ensalmadas» y a las tortas de Alcázar.

Pero lo que sí es un poco extraño es que las prefiera no solamente a los demás bollos, sino también a los pasteles y a cualquier otra golosina.

Cuando sus papás llevan a Magdalena a merendar a una pastelería o a un salón de té, ya se sabe que ha de pedir un vaso de leche con «muchas» magdalenas.

Y cuando Magdalena invita en su casa amiguitos a merendar, les deja generosamente los pasteles y la emprende con las magdalenas que, ya se sabe, no pueden faltar.

Y todos contentos, porque a Mari Tere lo que más le gustan son los pasteles de hojaldre y a su hermano Jaime los «rusos», y a Eloisa y a Pilarín los de crema, y los de almendra a Manolo y a Maruja.

Ahora que yo he encontrado la manera de convertir las magdalenas en pasteles, mediante una receta muy sencilla que Magdalena se ha apresurado a realizar no más tarde que el jueves último en que, una vez más, hizo de anfitriona.

Bueno, esto de «anfitriona» no necesito recordáros que no es ningún insulto, como se creía el muy ignorante de Manolo, que llamó «anfitriona» a su hermana Maruja, porque se creyó que le había quitado una canica de cristal.

Como todas sabéis perfectamente, Anfitrión era el

nombre de un noble griego, rey de Tebas, y esposo de una bella dama llamada Alcmena; el tal Anfitrión era muy aficionado a recibir amigos y a agasajarlos con espléndidos festines, afición que a sus amigos les parecía de perlas, como os podéis suponer.

Y en recuerdo de aquel Anfitrión, se da su nombre a toda persona que invita a una comida, a una merienda o a otras muchas cosas, siempre que la invitación no consista en... invitar a la gente a que se marche.

Pues bien, Magdalena hizo de anfitriona el jueves, porque invitó a sus amigos a merendar, y aquella merienda fué marcada con el acontecimiento de que en ella se sirvieron magdalenas convertidas en pasteles.

La receta, como mía, es sencillísima. Se prepara primero una nata batida, lo que aquí llamamos nata a la catalana, y que los franceses llaman «Chantilly» y que se utiliza en muchos pasteles. Y se prepara también una natilla de chocolate, que esté bastante espesa.

Luego se coge cada magdalena y se le quita la joroba, cortándola con un cuchillo bien afilado. Con la punta del cuchillo se ahonda un poco en el sitio donde estaba la joroba, y se practica así un huequcito. Este hueco se llena con nata, de manera que rebase un poco; es decir, que la magdalena vuelve a estar jorobada, pero su chepa es ahora de nata. Y se cubre todo con la crema de chocolate. Conviene realizar esta operación en un sitio lo más fresco posible, para que la natilla de chocolate se cuaje en seguida.

¡Menudo éxito han obtenido las magdalenas convertidas en pasteles! ¡Y menudo éxito el de la «anfitriona»! Éxito de repostera y también de bordadora, porque en aquella merienda inolvidable, se estrenó nada menos que una mantelería de té bordada por la propia Magdalena.

Cierto que la labor no era muy difícil ni muy complicada, pues como os podéis ver, lo en esta

página, se trata de un dibujo que se ejecuta facilísimamente a punto «lanzado».

Pero como el mantel y las diminutas servilletas eran de «toile» de hilo, color salmón y el bordado estaba hecho con algodón de bordar azul marino, el efecto era tan gracioso y hasta lujoso, como si se hubiera tratado de los más complicados calados o de los más finos encajes.

¡Ah! se me olvidaba lo mejor; lo mejor para Magdalena.

Y es el postre que tuvo al día siguiente, gracias a las jorobitas cortadas de «sus tocayas».

Se las comió mezcladas con mermelada; ¡no os digo más!



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



X, por Lucas Lizaor



Canguro
A. R. de la Rosa



Ricardito y su perrito
Virginia Murillo



Mi doncella
Amparo S. Miguel



Pirula—Boni Torre



Un chivo—J. Gorriti



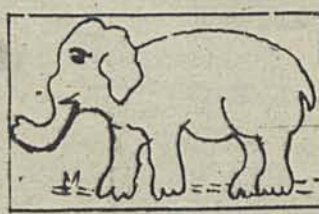
Parada de Zamora Un desconocido



La selva virgen—M. C.



Un balandro—Pedro Arellano



Elefante—Celia Fernández



Marianito Romero
Mi lorito



¿Le conocéis?
Pepita Val



Mi gatito—M.ª D. Ortega



Minué—Teresita Trujols



Pequeña lavandera
Elvira Vigón



El Cid Campeador
Antonio González



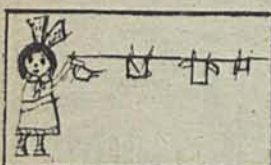
Mi amiga estudiando
Carmen Romero



Mi vecina
María Sesma



Barco mercante
Andrés Ruiz de la Rosa



Tendiendo la ropa
Elvira Vigón



Un carro—Estanislao Rolandi



Un perro
Victoria López



Aguila—Jaime Silva



Pera
Fernanda Rubio



Un tiesto
María Sesma



Una niña
María Sesma



Amparo S. Miguel
Un patito



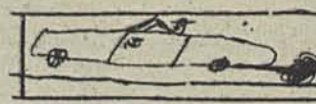
Una camioneta
Estanislao Rolandi



Un pollo
Fernando Rubio



Una chica
Bertrix Ricobé

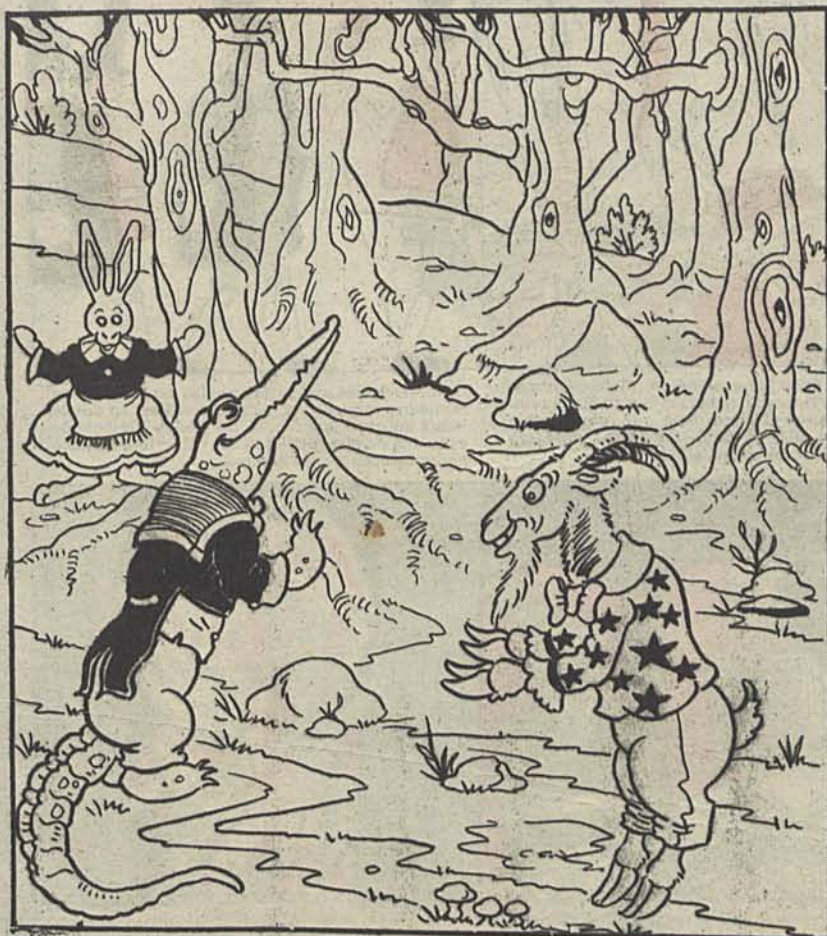


La flecha de oro
Estanislao Rolandi



Siluetas
Galliermina Sánchez

CONCURSO DE PASATIEMPOS



LOS DOS PERROS

Dos perros hay en el dibujo.

Muy contentos y muy alegres.

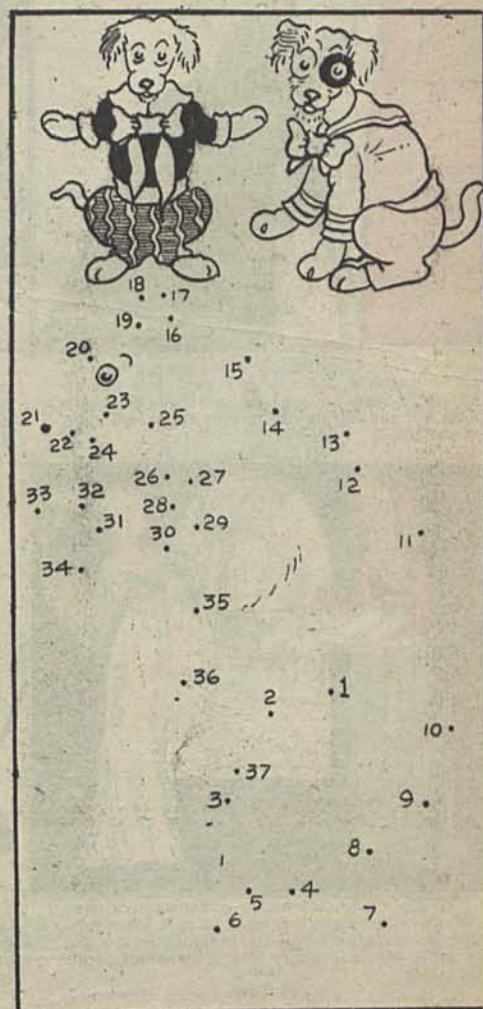
La causa de su alegría la averiguaréis en seguida si cogéis un lápiz y unís los números con líneas empezando en el número 1 y siguiendo el correspondiente orden hasta terminar en el 36.

EL COCODRILO ENFURECIDO

Este cocodrilo está muy furioso porque ha visto algo que le ha puesto de mal humor.

¿Podríais vosotros averiguar qué es lo que le ha puesto de mal humor al cocodrilo?

Escondido entre la maleza está.



LA BELLA DURMIENTE



1.—Había una vez un Rey y una Reina que estaban muy disgustados por no tener hijos; tan disgustados que se empieza a decir y no se acaba. Al fin la Reina tuvo una niña.



2.—El bautizo fué espléndido; dieron por madrinas a la Princesita todas las hadas que pudieron encontrar en el reino, para que, otorgándole cada una de ellas un don, la Princesa poseyera todas las perfecciones imaginables.



3.—Después de las ceremonias del bautizo, los invitados volvieron al palacio del Rey, en donde había un gran festín para las bodas. Delante de cada una de ellas pusieron un cubierto magnífico en un estuche de oro macizo.



4.—Pero cuando todos se sentaban a la mesa, vieron entrar a un hada muy vieja, a la que no habían invitado porque llevaba más de cincuenta años sin salir de una torre y la creían muerta o encantada.



5.—El Rey hizo que le pusieran un cubierto; pero no hubo manera de darle un estuche de oro macizo como a las otras. La vieja creyó que la despreciaban y murmuró algunas amenazas entre dientes.



6.—Una de las hadas jóvenes que estaba a su lado, la oyó y pensando que podría hacer a la Princesita algún obsequio poco grato, en cuanto se levantaron de la mesa fué a ocultarse detrás de unos tapices.



7.—Entretanto las hadas comenzaron a conceder sus dones a la Princesa. La más joven predijo que sería la criatura más hermosa del mundo, la que le seguía dijo que tendría la sabiduría de un ángel.



8.—La tercera que todo lo haría con primor; la cuarta que bailaría admirablemente; la quinta que cantaría como un ruiseñor, y la sexta, que tocaría toda clase de instrumentos con perfección suma.



9.—Cuando le llegó la vez a la anciana hada, dijo, temblándole la cabeza, más por la rabia que por los años, que la Princesa se atravesaría la mano con un huso, de resultas de lo cual moriría. Al oír esto...

(Continuad.)